El Inca y Perú.

Brac, 116 (33-34) 1989

Por **ALLAN WAGNER**
(EMBAJADOR DEL PERU EN ESPAÑA)

Excelentísimo señor Presidente de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, Manuel Peláez del Rosal, Excelentísimos miembros de esta Real Academia, señoras y señores.

La singular ocasión que nos congrega y que ha motivado la convocatoria de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba a esta sesión solemne tiene, a no dudár, un fondo de profunda resonancia histórica. La conmemoración del 450 aniversario del nacimiento del Inca Garcilaso de la Vega significa la posibilidad de renovar desde una perspectiva contemporánea la significación de una figura emblemática de nuestra cultura iberoamericana.

Los motivos que esta Honorable casa levanta para rendir homenaje al Inca Garcilaso remiten al vínculo incontestable que una su memoria a la magnífica tradición intelectual de Córdoba, de la que es uno de sus personajes históricos más sugestivos y prominentes.

El Inca Garcilaso, peruano universal, mediador entre dos mundos, consagró a Córdoba como tierra adoptiva y privilegiado escenario de su experiencia humana. Sus meditaciones sobre el pasado y el mundo incierto de su época no pudieron tener marco más providente que el otorgado por el cenáculo de eruditos, historiadores y filósofos que le dispensaron su amistad en la Córdoba de su tiempo.

Aurelio Miró Quesada, José Durand, Raúl Porras o Asensio se han detenido a ilustrar la impronta dejada por los intelectuales andaluces en el texto garcilasista. Es bien sabido que la homologación que sugiere el Inca entre la Antigüedad clásica y el mundo incaico, como propuesta de legitimación de su cultura ancestral ante el proyecto civilizador, se nutre de las preocupaciones clásicas y a la vez del orgullo regional esgrimido por sus contemporáneos andaluces.

Valga la pena en esta ocasión, aunque no sea sino para pronunciar sus nombres, referirnos a la fructífera relación que unió al Inca con sabios eminentes de Montilla y Córdoba: el humanista Bernardo de Aldrete, el célebre historiador Antonio de Herrera, el retórico Francisco de Castro o los padres montillanos de la Compañía de Jesús, como el hebraísta Jerónimo del Prado, entre otros. Ellos fueron interlocutores providenciales que estimularon y elogiaron su dedicación a los estudios de lenguas y de antigüedades etnográficas y genea-

lógicas, a la erudición latina o a la filosofía histórica, con los que el Inca consiguió la envergadura intelectual que la madurez de su obra requería.

Ejemplar experiencia de encuentro el que compartieron el Inca y los eruditos cordobeses, cuya estela cobra un intenso brillo pasados los siglos y a las puertas del V Centenario del Descubrimiento de América. Frente a los nuevos desafíos de este fin de milenio y ante la perspectiva ineludible de revalorar el acervo que compone nuestra Comunidad iberoamericana, el Inca Garcilaso y su relación modélica con sus contemporáneos andaluces, aparecen como referencia orientadora y contemporánea en el cometido de realizar las reflexiones y sellar los propósitos que convoca la Conmemoración de los 500 años.

De allí la necesidad de fomentar, con este signo vinculante, conexiones intelectuales, académicas, culturales y de cooperación aún más intensas entre el Sur de la Península y el Sur andino, que la relación emblemática de Garcilaso consagra e identifica inequívocamente.

Mantenemos la convicción de que la provincia de Córdoba, que posee a través del vínculo garcilasista, una llave privilegiada para el despliegue de una ejemplar relación con Hispanoamérica, será abanderada de este propósito, en el que españoles, peruanos e iberoamericanos en general tenemos empeñadas tantas expectativas.

Excelentísimos señor Presidente, permitidme expresarle el reconocimiento del Gobierno peruano y del mío propio por este acto conmemorativo que enaltece los vínculos que, mediante la memoria del Inca Garcilaso de la Vega, unen a los pueblos y culturas del Perú, Córdoba y Andalucía.